

EL RINCON DEL DOCAT

2019

Comentado por Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Nº 135

¿ES EL TRABAJO UN CASTIGO DE DIOS?

Una y otra vez se lee que el trabajo es un castigo de Dios por el pecado original de Adam, pero no es cierto. Según el relato de la Creación el trabajo es algo esencial al hombre. En el Génesis, el hombre recibe de Dios el mandato de cuidar y proteger el jardín del Edén. Sin embargo cuando Adam y Eva incumplen el mandato de Dios (“*pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás*”), es decir, tras el pecado original, Dios grava a la tierra que el hombre tendrá que cultivar con fatiga. El suelo se vuelve árido y el hombre tiene que trabajarlo muy duramente para alimentarse a sí mismo y a su familia. Desde la perspectiva Bíblica, no obstante, el castigo de Dios por el pecado original, no es el trabajo en sí mismo, sino el esfuerzo de realizarlo.

El trabajo no es un castigo de Dios, es una vocación dada por Dios a la transformación del mundo, una vocación en la que el hombre crece y madura. Pero hay que distinguir que la consecuencia del pecado original no es el trabajo como castigo, sino que percibamos, y nos resulte el trabajo como algo contrario a nuestra felicidad. Esa especie de suspiro y deseo por dejar de trabajar sí que es la consecuencia del pecado original.

Ese refrán que dice “*en el pecado llevas la penitencia*” no hay que entenderlo como si Dios nos hubiese dado, como castigo, esas consecuencias por haber cometido el pecado original, o nuestros pecados personales, sino que en el pecado está implícita la penitencia porque el pecado es una ruptura con el plan de Dios que tiene consecuencias. Sería como cuando uno rompe el cristal y la consecuencia es que entre el frío o el calor.

En el plan original, que Dios tenía, nos había preservado de muchas cosas, y cuando el hombre hace mal uso de su libertad, rompe ese cristal, y entra la **concupiscencia**. Una distorsión de nuestra voluntad que hace que seamos atraídos por lo malo. La concupiscencia en sí misma no es pecado, pero es la consecuencia del pecado.

En el ámbito del trabajo sentimos esa distorsión de ver el trabajo como algo que nos roba la paz y la felicidad.

Es verdad que la Sagrada Escritura utiliza, en muchos pasajes, el término “Dios castigó a su pueblo”, que no es más que el respeto de Dios a las consecuencias que se derivan de haber roto su plan original. Por ejemplo, a un hombre que se quiere engañar ¿Qué castigo le vamos a dar? pues dejarle que se engañe. No entendamos el castigo de Dios como una venganza, sino como el respeto de Dios a las consecuencias negativas que se derivan de nuestra libertad.

Y Dios no se queda con los brazos cruzado viendo meramente las consecuencias negativas, sino que obra la redención del hombre, dándole la vuelta a que lo que fue motivo de pecado, sea, por la gracia, motivo de redención y santificación del hombre.

Si el pecado ha hecho que el trabajo sea percibido como algo distorsionante, ¿en qué tiene que traducirse, en este caso, la redención del pecado? Pues en que para nosotros el trabajo se convierta en algo plenificante. **La redención de Cristo nos debe llevar a experimentar el trabajo como un camino de purificación, de entrega, de servicio a los demás, como una manifestación de nuestro amor.** Si el pecado hizo que el trabajo fuese percibido como algo antipático-mortificante, la redención de Jesucristo hace que el trabajo sea percibido como algo plenificador, y un lugar de expresión de nuestro amor.

Y eso ¿Cómo se realiza? Pues dándonos cuenta de cómo Dios nos permite colaborar con Él en su obra. Si uno tiene conciencia de esto se produce esa transformación.

Se muestra un ejemplo: tres canteros fueron preguntado acerca de lo que hacían: el primero respondió que estaba labrando una piedra, el segundo dijo que estaba trabajando en un arco apuntado, y el tercero dijo que estaba construyendo una catedral”. Es decir, los tres canteros han dicho la verdad, pero el grado de gozo que puede tener alguien en su trabajo, cuando es consciente de que está participando en una obra, donde Dios le permite colaborar con Él, para hacer en el mundo una catedral, es muy distinto del que no tiene conciencia de lo que está haciendo, y se fija solo en que está labrando una piedra, dando golpes todo el día.